

EUROPA SIN PACTO ATLANTICO

Algún día podrá ofrecerse un balance demostrativo de cómo la técnica, al inundar el mundo con el señuelo de una supuesta liberación del hombre, ha desarticulado lo que puede haber de capacidad humana en punto a una posible valoración de principios normativos. Así ha podido nacer lo que pudiéramos denominar etapa de crisis de las demostraciones. Se acepta cuanto se ofrece como una evidencia, sin preceder tal asentimiento de un proceso dialéctico encaminado a demostrar que lo propugnado es auténticamente inatacable. A nuestro entender, no otra cosa está sucediendo en lo que concierne a considerar como indiscutible la pérdida, por parte de Europa, de toda coyuntura capaz de posibilitar la recuperación de su pasado protagonismo. La gravedad de dicho lugar común no proviene tan sólo de considerar que tal pronóstico haya sido formulado en áreas extraeuropeas, sino aceptado por cuantos, pertenecientes a este mundo occidental, nos vemos desplazados de una plurisecular misión rectora.

Se trata de un problema sobradamente complejo para ser penetrado en la reducida área de unas líneas, que habrán de ser necesariamente escuetas; pero una cosa es proponerse desentrañar problema tan decisivo y trascendente y otra muy distinta resignarse beatíficamente ante lo que se nos ofrece como irremediable, sin otra compensación que la de aceptar humildemente lo que se nos dice constituir un *fait accompli*.

Europa, no ciertamente el viejo mundo pensante, sino más bien el sector europeo gobernante, ha considerado evidentes estas tres afirmaciones: 1.^a Que en Europa se ha producido un desequilibrio de fuerzas con una acentuación jamás conocida. 2.^a Que la prolongación de tal estado de desequilibrio de fuerzas constituye un terrible riesgo para el mundo occidental. 3.^a Que el único recurso a nuestro alcance para salir de tan dramático trance hemos de buscarlo en la cooperación norteamericana, pese a que cuando ésta ha sido demandada en otras coyunturas no fué escuchado tal requerimiento por quienes se hacían la ilusión de vivir amparados por la supuesta invulnerabilidad de una lejanía que consideraban inexpugnable. Este tríptico, lanzado desde los altavoces, ha sobrecogido y percatado a aquellos a quien iba dirigido. Convendría considerar lo que hay de evidencia en esta triple afirmación.

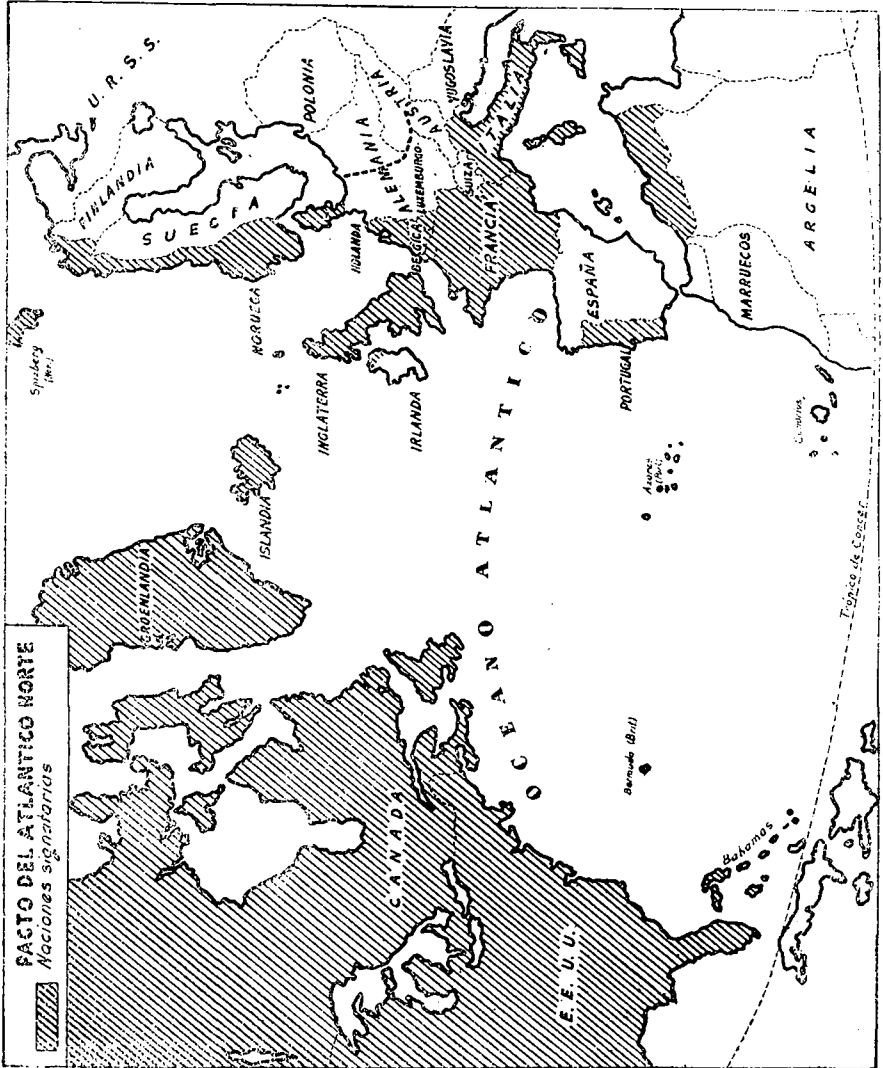
En lo que atañe a la angustiada posición de Europa, respecto de cuyo

auténtico riesgo no caben discrepancias, se asevera que algo puede atenuarla, y es que Norteamérica, hasta 1947, por carecer de historia, se había aferrado a una especie de infantilismo internacional, esquivando toda tentación revisionista de una conducta bicentenaria; pero desde esa fecha, al fin captó, no sin resistencia y hasta con visible desazón, una elemental verdad: que la seguridad de los Estados Unidos está íntima e indefectiblemente ligada a la seguridad y pervivencia del viejo mundo, en cuanto entidad autónoma y no sojuzgada; esa comunidad en el riesgo y esa plural e insoslayable participación en idéntico trance histórico evitó el triste epílogo de una Europa como Continente implorante y de unos Estados Unidos en cuanto nación otorgante, que pueda prestar o hurtar su colaboración según lo requieran los azares del destino.

Digamos, ante todo, que se habla de seguridad en una y otra orilla de lo que fuera mar tenebroso, formulándola de modo genérico y rotulándola con una mención coincidente y de dimensiones intercontinentales, arguyendo en apoyo de esa amplia calificación que el mar no separa, sino que conecta a los pueblos que se miran en sus orillas, por lo menos en la participación de un mismo riesgo. Todo esto puede ser cierto, aun cuando no estimábamos preciso esperar a 1950 para formularlo; ya nuestros internacionalistas del siglo XVI lo habían proclamado, no de modo ocasional y en circunstancias tan acentuadamente emergentes que eliminan toda posibilidad de opción, sino asignándole toda su innegable trascendencia. La realidad es que no se enfoca parejamente el problema de la seguridad en ambas márgenes atlánticas; en la americana, el problema de la seguridad se valora como algo distante, ateniéndose los americanos a la consideración de que si la solidaridad continental ha de considerarse en función especialmente de la seguridad norteamericana, a ésta debe prestarse atención, valorándola como elemento preponderante. No otra cosa cabe deducir de las palabras pronunciadas por Connally, como Presidente del Comité de Relaciones Exteriores del Senado, en sus declaraciones del 11 de febrero de 1950: «Los Estados Unidos deben perseguir la política que estimen necesaria en interés de la seguridad nacional y de la adecuada defensa nacional. Esos son los intereses nacionales más vitales.» Resultaría así ser Europa un apéndice de la política de seguridad norteamericana; tal interpretación no puede ser aceptada por los europeos sin discernir hasta dónde es admisible su razón de ser; ello interesa tanto a Europa, en cuanto puede reinstalarla en su antigua prestancia, como a los Estados Unidos, a fin de que éstos renuncien, de una vez, a la idea de que Europa es fatal e irremediablemente un menesteroso miembro, perteneciente a la orden de los suplicantes. Por creerlo así, nos proponemos, en las líneas subsiguientes, derramar un poco de luz sobre este panorama confuso y decir lo que aun a Europa le será dado alegar ante el mundo y especialmente ante el mundo norteamericano.

EUROPA SIN PACTO ATLÁNTICO .

En ciertos medios europeos parece abrirse paso una tesis que no podemos soslayar en estos comentarios. Frente a la versión que sostiene



como argumento básico, la de ser Europa lo que está en juego (Europa, claro está, no como realidad física, sino como expresión espiritual concorde), se advierte que es la posición, sino irreductible, cuando menos

acentuadamente divergente, de Estados Unidos y Rusia, la que ha llevado al mundo a su actual y creciente inquietud y que bien considerado se trata de una disparidad que no alcanza a Europa, sino a dos Potencias esencialmente extraeuropeas. Es verdad que Europa, por razones de proximidad, es la que más puede verse alcanzada por las repercusiones del duelo ruso-yanqui. Podría acaso pensarse en la posibilidad de atenuar ese duelo y llegar, sino a un acuerdo perdurable, por lo menos a un *modus vivendi*, que, aun cuando fuese ocasionalmente, proveyera al mundo de una relativa tranquilidad. Propugnar tal remedio es tan absurdo como el sostener que la solución radica en el achicamiento del radio de acción de las respectivas políticas internacionales de Moscú y Washington. Cuando la política internacional de un país irradia en su proyección, de modo que alcanza las más lejanas latitudes, tal eco no debe achacarse a la voluntad de sus dirigentes; antes bien, estamos frente a manifestaciones de carácter necesario que se generan de modo biológico. Nos encontramos, pues, situados ante una evidencia, de cuyo alcance no podemos liberarnos, y es, que la política internacional de los Estados Unidos y Rusia en su específico y plural alcance, se interfiere, y en ese desenlace, determinado por las respectivas proyecciones ecuménicas de su poder, radica todo lo que hay de gravedad en el problema internacional del momento presente. Europa, la Europa que cuenta, no sólo geográfica sino espiritualmente, piensa si puede evadirse de tal posibilidad y liberarse del triste destino que para ella representaría el verse convertida en materia de *sandwich* ruso-yanqui; en una palabra, actuar de espectador, trabajando por alcanzar una especie de neutralización. He ahí una tesis que así ha sido esgrimida en una y otra orilla del Canal de la Mancha. Dicha exégesis ha causado impresión profunda en los medios diplomáticos de Washington, los cuales, al acusar esa reacción dialéctica, nacida en ciertos medios occidentales, si valoran con equidad esas tesis de la neutralidad de Occidente, que pudiéramos denominar (ya veremos inmediatamente por qué) tesis del monroísmo europeo, les será dable deducir lo que Europa representa, consecuencia que nos les permitió asimilar su engañosa convicción de invulnerabilidad y potencia. Convendría que en Norteamérica se comprendiese de una vez y para siempre lo que es Europa, porque el viejo mundo se manifiesta en tal sentido y, sobre todo, cómo este Continente occidental, prostrado y maltrecho, ni es el mendicante que implora humildemente la protección de poderoso, y si bien carece de toda aquella fuerza material, que a los Estados Unidos les sobra, aún les restan posibilidades dialécticas susceptibles de provocar la perplejidad norteamericana, agravando así el desconcierto y la perceptible desorientación que hoy impera en Washington. Desde tierras norteamericanas se replica a esa inclinación, sedicentemente seccionista, de Europa, no con pasión y acritud, pero sí con sorpresa. ¿Qué ha pedido Europa a Norteamérica que ésta no le

hubiese concedido con mano pródiga? Para atender a su restablecimiento económico han votado los Estados Unidos la fertilizante lluvia del Plan Marshall; para complementar esa tarea y otorgar a Europa la seguridad de que puede consagrarse, con relativas garantías, a la tarea de su reconstrucción, ha votado el programa de asistencia militar; finalmente, con el objeto de dar la clara sensación de que Norteamérica no dejaría al viejo mundo entregado a su actual desventura, limitándose a esa ayuda pecuniaria y a esa cooperación castrense, le brindó su solidaridad, estableciendo — experiencia inédita en la Historia — lo que se ha denominado sistema de seguridad intercontinental, mediante la puesta en acción del Pacto Atlántico. Si Europa, como ahora aducen los constructores del monroísmo europeo, tiende a lograr su autonomía, a bastarse a sí misma, a liberarse de la doble ayuda militar y financiera de los Estados Unidos, recobrando su tradicional empaque y dejando a sus espaldas su actual posición humillante, sólo podrá lograrlo poniendo en acción la colaboración que le brinda Norteamérica; por eso, se dice, desde la otra orilla del Atlántico, que se aprecia falta de lógica en las recientes reacciones europeas. Una cosa es que Europa aproveche la ayuda norteamericana y otra, bien distinta, el uso que pueda hacer de la misma; lo primero —agrégase—, no quiere significar que el viejo mundo se haya unido en un pie de notoria desigualdad con Norteamérica; ya que si Europa logra recuperarse y se sitúa en condiciones de entablar diálogos basados en la posibilidad de mínimas exigencias, será entonces llegada la hora de inaugurar esa actividad autonómica, que será algo así como su restauración histórica en el primer plano de la política mundial.

En las alegaciones que anteceden hemos intentado no sólo reflejar lo que a propósito de esa inclinación inhibitoria de Europa se ha aducido en son de réplica desde Washington, sino lo que nosotros hubiésemos esgrimido, en el supuesto de haber nacido en tierras norteamericanas. Acaso se haya polemizado más ampliamente sobre tal problema y en la polémica se hayan invocado razones por nosotros desconocidas; pero lo antedicho creemos satisfará a todo aquel que quisiera medir nuestra honestidad dialéctica. Si esto se considera como evidente, nos será permitido ofrecer a Norteamérica un intento explicativo de por qué se registran esas reacciones en ciertos medios europeos y si su exteriorización es o no previsible y razonable.

En Washington, sobre todo desde los días del Plan Marshall y aun más acentuadamente a lo largo de los debates senatoriales y periodísticos que se han abierto en torno al Pacto Atlántico y al programa de asistencia militar a Europa, insistentemente se afirmaba esto: es preciso construir la solidaridad intercontinental, exigida por la realidad de que la paz y la seguridad son problemas indivisibles en el orden del espacio; por tanto, la seguridad de Europa, no constituye cosa distinta

a la seguridad de Norteamérica; era, por tanto, preciso proceder en consecuencia. Se agregaba: no armamos a Europa para ganar una guerra, sino para evitar su estallido; para ello, organizaremos una fuerza cuya magnitud será la medida de la prudencia impuesta al previsible agresor. Pero nosotros nos preguntamos si los norteamericanos, al respaldar esas trascendentales afirmaciones, con honestidad que no ponemos en tela de juicio, realmente se daban exacta cuenta de lo que implicaba y a lo que obligaba esa especie de profesión de fe respecto a la solidaridad intercontinental, o si, por el contrario, lejos de adecuar su conducta a tales aseveraciones, las contradecían con actitudes que nos parecían equívocas. No es ahora momento de referir minuciosamente la serie de regateos y distingos que se abrieron paso en los debates senatoriales norteamericanos a propósito de las cláusulas del Pacto Atlántico; baste recordar lo acontecido a propósito del artículo 5.º del Pacto y cómo respecto del mismo y de las obligaciones que implica se impuso el criterio de los senadores norteamericanos, interpretación discrepante de la europea. Como hicimos notar en lugar adecuado cuando se discutían los términos del artículo 5.º, se aducía, como modelo a imitar, el artículo 4.º del Pacto de Bruselas, en el cual se establece el principio de lo que pudiéramos denominar guerra automática, al establecerse que, en caso de ataque armado «las otras Partes contratantes, de acuerdo con las disposiciones del artículo 51 de la Carta de las Naciones Unidas, prestarán a la nación atacada todo lo que esté en su poder en ayuda militar o de otra índole». Tal era la concepción de solidaridad en una alianza, según la interpretación europea. Fue en vano que ese criterio quisiese registrarse en las disposiciones del Pacto Atlántico; por eso, el artículo 5.º encierra casuismos que son como la posibilidad de evasión para el cumplimiento de los compromisos contraídos al signar el Pacto Atlántico; ya que, como hemos hecho constar, cada Parte asistirá a las otras «mediante la acción que juzgue necesaria», «incluso el empleo de la fuerza armada»; de ello resulta que la promesa contraída se diluía a través de esos distingos y reservas, y así, la tan decantada solidaridad continental, corría el serio riesgo de convertirse en una escueta promesa imprecisa y no determinada de antemano.

No ignoran los norteamericanos la impresión que causó en los medios europeos esa táctica de los distingos, aun cuando dedujeron, con notorio error, que siendo Europa la potencia necesitada de ayuda no debía tener más derecho de opción que aquel que puede reconocérsele al que recibe una merced. Ahora tememos que acaso tardíamente, comienzan a percibir en Norteamérica que un Continente, tan avzado a su papel de dirigente del mundo, no puede convertirse, repentinamente, por azares del infortunio, en un sector de la tierra privado de toda posibilidad de réplica; Europa occidental, según opinión de alguno de sus voceros —que nosotros ni compartimos plenamente ni condenamos

de modo integral— aun tiene en sus manos una carta que jugar: la de su posible posición neutral en una lucha previsible —por lo menos la más vaticinable de todas las contiendas— entre Rusia y los Estados Unidos. ¿Que es soñar despierto el esgrimir tales propósitos de inhibición? Acaso lo sea —ya veremos hasta qué extremo— desde el punto de vista de la conveniencia y del futuro europeo; pero, en todo caso, no sería la primera vez que en política internacional se adoptan posturas equivocadas y hasta si se quiere suicidas. No es ese aspecto del problema lo que ahora nos interesa considerar, sino medir las consecuencias que una decisión secesionista de la Europa de Occidente puede implicar para los Estados Unidos; nadie pondrá en tela de juicio que tales repercusiones serían no graves sino fatales para los Estados Unidos y que corre mucho más riesgo aquel que en la lucha tiene mucho que perder —al menos, en el orden material — que quien sabe de su aflicción, y la aflicción puede ser antesala de la desesperanza y aun de la desesperación.

La historia, que tanto alecciona y tanto pesa, aun respecto de aquellos que frívolamente pretenden ignorar sus repercusiones, también a veces nos proporciona coyuntura para registrar los más sorprendentes resarcimientos y no es otra la lección que podemos registrar en los instantes presentes, lección que bien merece ser detallada y valorada, especialmente como enseñanza que brindamos a los aislacionistas norteamericanos, principales responsables de lo que en el mundo está actualmente aconteciendo.

Han sido los aislacionistas yanquis (cuya acción si sólo fuese pintoresca nos parecería incluso divertida), quienes han posibilitado, por lo menos, el segundo gran drama europeo de 1939 a 1945. Mucho se ha hablado de los días de Munich; reiteradamente se reprochó a Chamberlain su debilidad, como si una actitud gallarda hubiese servido para otra cosa que para precipitar el drama, que fué aplazado sólo por unos meses. Hay que repetir, una vez más, lo que, siendo evidente, aun parecen ignorarlo los aislacionistas norteamericanos: que el drama europeo de 1939 era ya posibilidad en potencia a partir del día en que Nortamérica tornó su espalda, en 1920, a una Europa maltrecha, dejándola, estúpida y suicidamente, entregada a su propia desventura. Acaso pecamos de injustos al concentrar toda la responsabilidad sobre los aislacionistas norteamericanos, ya que éstos, si en alguna coyuntura fueron minoría, es indudable que, en ocasiones, reflejan el sentir de la mayoría de los norteamericanos; así en 1935, en 1937, en 1939, al promulgarse las leyes de la neutralidad norteamericana, fué la exteriorización articulada de la mayor miopía que haya registrado pueblo alguno en la historia. No creemos que con absoluta impunidad puedan sembrarse desilusiones y consagrarse secesionismos respecto de un continente como el europeo, que frente a la mentalidad un poco maciza de los norteamericanos, puede siempre oponer una sutileza adquirida a lo

largo de una dilatada experiencia histórica. Así llegamos a sentar la conclusión que nos interesaba dejar consignada; supuesto ese secesionismo europeo, quienes mejor podrían explicarlo y hasta excusarlo son los aislacionistas norteamericanos. Ellos han tenido un arma dialéctica, no siempre mancjada con la descable y exigible honestidad; fué el «Mensaje de Adiós», de Wáshington, invocado como una acusación implícita lanzada sobre los tildados de traicionar la tradición norteamericana. Pues bien; ese famoso «Mensaje de Adiós», como vamos a ver, cobra ahora cierta actualidad en relación con ese neomonroísmo europeo, al cual venimos aludiendo.

Jorge Wáshington, en su «Mensaje de Adiós» de 17 de septiembre de 1796, había prevenido a sus conciudadanos con la solemnidad al alcance de quien lleva como apuntalamiento un notorio desinterés y una indiscutible ausencia de ambiciones políticas al renunciar a prorrogar sus poderes, señalándoles los peligros de las alianzas permanentes, concertadas con naciones no americanas; estos consejos los apuntalaba recurriendo a las siguientes reflexiones: «Europa tiene intereses de primer orden, que se relacionan remotamente con los nuestros. Puede Europa verse comprometida en frecuentes discusiones, cuyas causas no nos afectan. No sería, por tauto, prudente el conectarnos con lazos artificiales a las vicisitudes ordinarias de su política o a las combinaciones o coaliciones que las amistades y enemistades europeas engendran. Nuestra verdadera política, en tanto sea practicable, debe consistir en evitar alianzas permanentes con una parte cualquiera del mundo extranjero.» A pesar de que Wáshington hablara concretamente de las alianzas, los que, de tiempo en tiempo, exhumaban sus prédicas, aplicaban éstas a supuestos que Wáshington no tenía en su pensamiento al formular sus advertencias.

Ahora, un sector, pensante y reducido de Europa, podría hacer suyo una especie de neomonroísmo y argüir en el sentido siguiente: Puesto que Rusia y Norteamérica no son realmente más que potencias extracuropeas, es decir, lo que Wáshington denominaba un mundo extranjero, a ellas aplicaremos las enseñanzas del primer Presidente republicano, y los que menos pueden oponer reproches a tal actitud serán ciertamente los aislacionistas norteamericanos, que en su afán de apartar a su país del mundo exterior, pueden alcanzar lo que no solamente no estaba en su ánimo, sino que incluso impongan terror en sus almas: el aislamiento de los Estados Unidos en la más grave coyuntura de su historia. Todo por no atender a lo que los españoles venimos propugnando desde comienzos del siglo XVII: que si existe una ley objetiva internacional, y si ésta es la causa explicativa de la solidaridad, no ya intercontinental, sino universal, en punto a velar por la intangibilidad del Derecho y trabajar por su reinstalación, caso de ser violado, cuanto

sean distingos y reservas respecto al cumplimiento de ese deber, no constituyen, en esencia, más que modos de practicar la deserción.

Posiblemente, los norteamericanos, ahora impresionados por ese asomo europeo hacia el desistimiento, pensarán que la secesión, tímida-mente apuntada, no podrá ser nunca una realidad, ya que esta Europa postbélica, atendida a sus solas posibilidades, no dispone de medios para atender a una posible reedición de su pasado protagonismo y que si la seguridad de Norteamérica está indefectiblemente ligada a la de Europa, la del viejo mundo, sólo puede ser realidad mediante la solidaridad continental reflejada, con mayores o menores distingos, en el Pacto Atlántico. Semejante tesis, no es ni tan evidente, ni tan aquietadora, como piensan sus propugnadores. Digamos por qué. Si en Europa estallase una guerra, la trayectoria y epílogo de la misma dependería del volumen y relación de fuerzas en presencia. Si el desequilibrio, actualmente innegable entre el Este y el Oeste, no fuese eliminado o por lo menos atenuado, la invasión del Occidente constituiría una realidad, que, consumada, ofrecería al ocupante, con la industria occidental a su disposición, medios de prolongar su presencia y apoyarse en este hecho consumado para completar sus planes y proyectarlos hacia la otra orilla del Atlántico. Una Europa invadida, tras oponer ineficiente resistencia al ocupante, sería una Europa de tal modo maltrecha, que no pudiendo restablecerse y perdida su fe, ofrecería a los invasores medio adecuado de proyectar su preselitismo político, ampliando así el área de los Estados satélites.

Si Europa avanza en el camino de su recuperación defensiva en tales proporciones que el agresor pueda ser detenido, incluso en las orillas del Elba, en tal hipótesis, la situación del viejo mundo sería aún más dramática que en el anterior supuesto, ya que tratándose de un Continente superpoblado con grandes concentraciones industriales sobre su cuerpo dejarían sus impactos las bombas atómicas lanzadas por Rusia. En esta guerra de tipo atómico el factor espacio constituye un elemento si no decisivo por lo menos relevante, y si Rusia, en las dos grandes ofensivas que sobre ella desencadenó el Occidente, la de Hitler y la de Napoleón Bonaparte, encontró en su dilatado espacio un arma que pudo frenar al invasor, con esa misma ventaja contaría en el supuesto de una guerra atómica.

Así resultaría que, en ambos supuestos, Europa, tanto convertida en campo de batalla como en muro de contención del comunismo imperialista, sería la llamada a padecer las consecuencias de la guerra, jugándose en el trance la posibilidad de supervivencia.

Al propio tiempo, convendría que los norteamericanos no desdeñasen una consideración que, a nuestro entender, es decisiva. Los Estados Unidos se están viendo empujados por el sucederse rápido de los acontecimientos; de tal modo es alucinante esta transformación, que los pre-

supuestos manipulados cuando fué planeado el Plan Marshall, articulado el Pacto Atlántico y votado el Programa de Ayuda Militar a Europa, ya no son hoy realidad. Baste sólo referirse a la aparición de dos hechos recientes: la evidencia de que Rusia dispone de la bomba atómica y la comunistización de China, seguida del Tratado que acaba de signarse en Moscú. Si antes Norteamérica, no sin motivo, creía que todo el problema del mundo habría de decidirse en el continente europeo, ahora debe admitir que, a más del frente del Atlántico, debe contarse con el frente del Pacífico, en cuyas latitudes Norteamérica no cuenta con aliados en medida y poder suficientes para articular un plan defensivo de contención. La reunión de la Conferencia diplomática de Bangkok, el desplazamiento del «Joint Chiefs of Staff» (Osmar Bradley, Almirante Sherman, General J. Lawton Collins y General Hoyt S. Vandenberg) a tierras de Extremo Oriente, evidencia que los Estados Unidos quieren reemplazar el anticuado sistema de la *Open Door*—hoy desactualizado— por otra política asiática, adaptada a las nuevas realidades y consecuente con las recientes exigencias. Sobre esos dos frentes—el europeo y el asiático—, tan dilatados y tan distantes a la vez, actúa Rusia desde sus líneas interiores, reteniendo para sí la ventaja de la iniciativa y obligando a Norteamérica a adaptar sus reacciones a las proyecciones de la presión rusa. He aquí un arma nueva, no catalogada entre los artilugios destructivos y que, sin embargo, sitúa en manos de quien puede manipularla una ventaja que acaso exceda incluso al sistema corrosivo alcanzado a través del empleo de las quintas columnas; deducción que brindamos a cuantos han valorado, frívola e inadecuadamente, la doctrina de Mackinder relativa al *Heartland*. Ese conjunto de circunstancias que dan fisonomía al momento internacional presente, permite establecer un balance, y es que la indudable fuerza de los Estados Unidos, al registrar ese fenómeno de dispersión y atender a sus exigencias, necesariamente se debilita en la misma proporción que se incrementan los frentes polémicos y prebélicos a los cuales debe atender; y si en todo tiempo fué motivo de explicable suspicacia para Europa la inclinación aislacionista de Norteamérica, tal sospecha se incrementará ahora, ya que América, aun cuando se atuviere claramente a la tesis de la solidaridad intercontinental y enterrase sus distingos y reservas respecto de Europa, debería contar con la evidencia de esta extensión desmedida de su frente de contención. En estas condiciones, entablar diálogos con Rusia, como admiten algunos senadores norteamericanos, constituiría un error táctico imperdonable, ya que Rusia, requerida, sabe de antemano que tal invitación estaba en parte determinada por el fortalecimiento de su posición, tanto en Europa (donde su preeminencia militar la admiten sin discusión los norteamericanos) como en el mundo asiático; así, la libertad de movimientos de Rusia, practicada a caballo de su sistema de líneas interiores, que ayer arrancaban de Leningrado y llega-

ban a Vladivostok y hoy alcanzan virtualmente a China, a Birmania e Indochina y a Tailandia, se completaría con sus disponibilidades dialécticas, base del incremento de sus exigencias, que, atendidas, no aquietarían su ambición, sino que representarían un estímulo y un nuevo punto de partida para la realización de su fin último: convertirse en una cosmocracia, dictando al mundo en calidad de tal su ley. Resta una posibilidad, que en definitiva no sería solución, a la cual aludía Connally: percatar a Rusia de que los Estados Unidos están dispuestos a llevar al límite su rearme si las conversaciones encaminadas a garantizar la paz fracasan. Norteamérica cree disponer de medios técnicos que no están al alcance de la U. R. S. S., y considera que tal ventaja se traduciría en la consecuencia de que Rusia sería vencida en esa guerra de los armamentos; pero tal argumentación se basa en la prolongación indefinida del sistema de la guerra fría, y nadie puede garantizar que Rusia no se decida a doblar este cabo premonitorio en que hoy se encuentra y que manipula por creer en su eficiencia momentánea, para reemplazarlo en su día por otras actitudes de mayor contundencia.

Tornando al tema inicial de estos comentarios, no debemos desdeñar otro elemento de juicio. Norteamérica, como es notorio, no siente precisamente simpatías por cuanto implique galvanización del sistema colonial en el mundo. Debe contar, claro está, con la evidencia de un mundo colonial, pero quiere adscribirlo no al beneficio exclusivo de las metrópolis, inclinadas a considerar su imperio colonial como objeto de explotación monopolística, sino valorándolo en función del beneficio que pueda deparar a la Humanidad. Para ello ha propugnado Truman la aplicación de su Punto Cuarto. Ahora bien: esa especie de neocolonismo tiene sus riesgos, no referido precisamente a pueblos atrasados, muy alejados aún de una posible y absoluta manumisión, sino conectado a esos sectores del mundo donde el colonismo agoniza o donde brotan entidades aparentemente soberanas, faltas de preparación para aceptar los riesgos de una vida independiente. Abstracción hecha de esos riesgos de tipo directo, el sistema propugnado encierra otra peligrosidad, referida precisamente a la solidaridad intercontinental que ha querido reflejarse en el Pacto Atlántico. Norteamérica ha tomado posición en Indochina, solidarizándose con el régimen de Bao Dai en aquella parte del mundo, exactamente rotulada como la Grecia asiática. Así apoya igualmente la tesis francesa del mantenimiento del Viet Nam, Cambodia y Laos, en esa sedicente Unión Francesa, imagen de tardía enmienda de pasados errores. Francia, así respaldada, proseguirá participando en una lucha de la cual lo más que cabe decir es que no puede asignársele epílogo vaticinable; pero en tanto sea realidad, lo mejor del ejército profesional francés estará en Indochina, y Rusia, que fracasó incuestionablemente en su intento de impedir primero y de malograr después el Pacto Atlántico, practicando el sistema de ofensivas directas, ahora

lo alcanza por elevación y lo debilita en la misma proporción en que lo mejor del ejército francés, mezclado en las luchas civiles del Viet Nam, deja de ser un elemento eficiente en la planeada defensa de la comunidad atlántica.

Las anteriores deducciones no escapan a la penetración europea, y lo que para Europa de occidente significa esa distracción de fuerzas, acrecentará el malestar y la desconfianza del viejo mundo. Si Europa, como lo evidencia la necesidad de votar el Plan Marshall, el Pacto del Atlántico y el Programa de Asistencia Militar, precisa poner a contribución todas sus posibilidades para salir de la posición peligrosa y desequilibrada en que se encuentra, todo lo que signifique restar fuerzas, equivale a minar el margen de confianza que ha querido ofrecérselo con la signatura del Pacto Atlántico, y en ese sentido no debe desdeñarse la resta de eficiencia europea que para Francia implica su acción, sin epílogo, en Indochina.

Aquí, otra vez, tropezamos con la Historia y sus aleccionamientos, y nuevamente brindamos a los aislacionistas norteamericanos una reflexión, basada en su propia dialéctica. Una de las muchas alegaciones invocadas en apoyo del aislacionismo, y no ciertamente de las más desdeñables, consistía en aducir que el mezclarse Norteamérica en los problemas europeos, si ya específicamente constituía un riesgo, tal peligro se incrementaba al considerar que Europa, continente con prolongaciones coloniales en todo el mundo, acentuaba así la complejidad de su política internacional; coordinar la acción de América con la de Europa equivalía a complicarse en esa política de tan amplio alcance espacial. Esa argumentación es la que ahora Europa puede apropiarse, haciendo notar, como lo reconocía Acheson, que la situación *de facto* en el mundo exigía una revisión en las normas cardinales de la política internacional norteamericana, cuya extensión súbita y prominente impide a los Estados Unidos concentrar sus fuerzas en Europa e incluso les obliga —conclusión gravísima— a conectar una parte de Europa a su aventurada acción a lo largo de los siete mares y de los cinco mundos. Si en 1949 se creyó que el problema de la paz pendía substancial y predominantemente de la seguridad que pudiera instaurarse en el seno de la comunidad atlántica, nadie aceptaría hoy semejante interpretación. Ese, y no otro, es el riesgo de Europa: conectarse a un país cuya fuerza ha de extenderse a las más remotas latitudes, ampliación espacial no sorprendente, sino determinada, hasta con evidente lógica, por la circunstancia de que hay dos potencias en el mundo que en trance de poder ser cosmocracias y no existiendo para ellas sobre la inmensidad de la tierra lo que pudiera llamarse un *no man's land*, inevitablemente mezclan en su pugna y hostilidad latente a todas las naciones, sin consideración de latitudes. De ahí que nos preguntemos: ¿Es todavía tiempo para impedir que la pugna se plantee con esas amenazantes dimensiones? Si

existe alguna posibilidad —supuesto que no afirmamos ni denegamos—, creemos que sólo Europa puede lograr la alteración del duelo presente, si logra la afirmación de su autonomía y consigue, de ese modo, una finalidad de la cual dependerá su propia vida, a saber: que es prematuro asignar a la Historia el valor dimensional de una lucha —que sería la última— entre dos potenciales cosmocracias, y que al mundo puede y debe ofrecérsele algo más que el triste destino de formar parte integrante de un futuro y mastodóntico Estado sin fronteras en el espacio ni límites en su poder. La muerte de Europa, a través de una guerra asoladora, no sería más luctuosa que su irremediable eliminación al ser absorbida en una cosmocracia. De ahí que en esos intentos europeos encaminados a preservar su posible libertad de acción, no debe apreciarse más que la clara manifestación de un poderoso e insoslayable instinto vital.

A propósito de esta propugnada neutralización, autonomía o secesión de la Europa occidental respecto del duelo en el que actúan como cabezas visibles Rusia y Norteamérica, conviene agregar que en ciertos medios de los Estados Unidos, no sólo se reacciona con sorpresa y extrañeza ante esas sedicentes inclinaciones europeas, sino que, en cierto modo, no sólo se explican, sino que incluso se considera tal propensión como un factor positivo de paz posible. A este propósito, nos parece oportuno e interesante a la vez ofrecer aquí un reflejo de la tesis que relacionada con tal problema ha sido articulada por Walter Lippmann (1).

Lippmann, al comentar la sugerencia de Churchill, lanzada desde Edimburgo, en un discurso preelectoral, y confirmada después en Manchester, sobre la conveniencia de reunir una conferencia de los llamados *Big-Three* para la posible solución del problema planteado por el empleo de las bombas atómicas y las de hidrógeno, hacía notar que se partía de un dilema: la discrepancia ruso-norteamericana; por ello Churchill hablara de «realizar un supremo esfuerzo para aminorar la distancia que separa dos mundos, de tal modo que cada uno pueda vivir su vida, si no de manera cordial, por lo menos sin el temor de la guerra fría». A este respecto dice Lippmann: «Hemos creído en un mundo o en nada, y hemos juzgado que la idea de la división en esferas de influencia, reflejo del sistema del equilibrio político, pertenecía, como dijera el Secretario Hull, «a un pasado infortunado». Pero ante las actuales circunstancias debemos pensar si es preferible aceptar la idea de dos, tres o cuatro mundos en vez de ninguno o en lugar del sistema tradicional de esferas de influencias atribuidas a dos preponderantes naciones; en este caso a los otros Estados no les restaría otra solución que la de ingresar en la órbita soviética o en la norteamericana; ello fracasó en los intentos de los *Big-four-power*, que condujeron a la guerra

(1) Walter Lippmann: «Churchill and another talk» (*New York Herald Tribune*, 20 de febrero de 1950).

fría, que en esencia no es otra cosa que el intento de englobar al Japón o a Alemania o a las otras naciones en una de esas dos coaliciones; es la tesis dilomática según la cual la única opción que resta a las naciones que no son Rusia o Norteamérica es la de ingresar en una u otra alianza; sería preciso que Rusia y Norteamérica reconociesen a las otras naciones el derecho a procurarse la supervivencia, no obligándolas a formar en una determinada alianza militar, sino permitiéndoles constituirse en amortiguadoras y mediadoras y en guardianes del equilibrio político. Es la premisa propugnada por el *Times*, de Londres, donde podía leerse: «El mundo no necesita fatalmente verse dividido en dos campos hostiles y rígidos; por el contrario, es conveniente para los dos campos que a ciertas áreas se les permita alcanzar una especie de neutralidad.» Los norteamericanos no han desentrañado las fuerzas que viven en la superficie de la vida oficial, a lo largo del mundo, en Europa y en Asia, tendentes a liberarse de alianzas comprometedoras. El instinto humano de sobrevivir, el instinto nacional de independencia, no aceptarán la idea de que el destino del mundo ha de ser determinado exclusivamente por Moscú o por Washington. Puede llegar el día en que un hombre de Estado europeo, otro Canning, proclame la doctrina de que Rusia y Norteamérica son ambas dos nuevas grandes potencias y que el viejo mundo será llamado a restablecer el equilibrio de fuerzas». (Hasta aquí Lippmann.)

El hecho de que especialista tan calificado como lo es Walter Lippmann se haya hecho eco de una interpretación semejante a la por nosotros sentada en páginas precedentes (formulada cuando no conocíamos ese citado artículo de Lippmann), ya encierra destacada significación. Pero acaso resalta más la trascendencia de la citada exégesis si pensamos que el sistema argumental es más bien europeo que norteamericano, ya que si en los Estados Unidos ha existido un principio que mereciera rotunda y reafirmada repulsión ha sido el del equilibrio político, sistema salpicado de inconvenientes, pero que, como reacción biológica, no debe considerarse, cual lo hicieron frívolamente los norteamericanos, como un típico artillugio, ideado por las Caucillerías europeas de los siglos XVII y XVIII frente a determinadas situaciones de emergencia. Con todos los inconvenientes que reportaría la reinstalación del equilibrio político (cuya puesta en práctica permitiría a la Europa occidental reconquistar su protagonismo), nos parece evidente que es preferible aceptar la solución (no ciertamente ideal) de varios mundos, que intentan compensarse y soslayar así los peligros de una hegemonía, que el llegar a la terrible conclusión a tenor de la cual el mundo está dividido por un telón de acero, a un lado, y a otro del cual, si se exceptúa a los astros de primera magnitud (Rusia y Norteamérica), a las otras naciones no les resta más posibilidad que la de inscribirse como comparsas, destinadas a girar como satélites y experimentar en su propia carne las con-

secuencias de una incompatibilidad que ni crearon ni quieren admitir como inevitable epílogo. Se dirá, acaso, que tal desenlace equivaldría a una mera reedición histórica, con todos los riesgos de anacronismo que implica una tal pluralización; a quienes así repliquen, les brindamos esta reflexión: no se trata de reeditar la experiencia de la guerra de treinta años, seguida de la paz de Westfalia, ni la guerra de Sucesión española, con el desenlace de los tratados de Utrecht; en 1648 y en 1713, como era en el corazón de Europa donde se librara una lucha por hegemonía, por evidentes razones de contigüidad no les restaba otra posibilidad a las naciones europeas de segundo orden que el sumarse a uno de los dos polos. Pero ahora las circunstancias que dan fisonomía al problema se han alterado substancialmente, ya que se trata de una pugna entre dos potencias, ninguna de las cuales puede considerarse como específicamente europea. Además, Alemania, que ahora se encuentra situada ante un dilema de imposible solución, repartida entre la influencia del Este y del Oeste, vería alterado medularmente su problema desde el momento en que una entidad con aspiraciones autonómicas o neutralizantes requiriese su cooperación, para así continuar la historia de Europa, escrita por los europeos y no dictada por quienes encarnan la hegemonía, que ni entienden lo que es Europa como fenómeno complejo, ni conocen lo que aun resta de posibilidades a un mundo cuyo peor destino sería el verse convertido en campo de batalla de dos beligerantes extraeuropeos; epílogo que trata de rehuir porque sabe que equivaldría a su muerte irremediable, no sólo como realidad física, que ya sería bastante, sino como entidad moral; desenlace que aun sería mucho más grave. De ahí que sea preciso conseguir que en Wáshington y en Moscú logren percatarse de lo que hay en el fondo de esta tendencia europea, de aspiraciones autonomistas, que no es secesión respecto del cumplimiento del deber, sino propósito de lograr que la vieja Europa pueda salvar al mundo de los terribles peligros que sobre él se ciernen.

C. B. T.

